

Dios se da a conocer (6.1—11.10)

Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy JEHOVÁ. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos (6.2–3).

Nuestra percepción de Dios es el todo de nuestra religión. Nuestro entendimiento de Dios determina nuestras acciones, nuestras palabras y nuestras prioridades. Las personas que no se preocupan por vivir para Dios ven a éste como un Dios pasivo. Puede que crean en *un* Dios que creó el mundo, pero les parece un Dios que mira hacia abajo con indiferencia, que no le importa lo que hagamos.

A otros les parece que Dios es temible y de corazón malo. Le temen. Temen que Dios les aplaste como a cucarachas.

Todavía hay otros a los que Dios les parece una especie de gran oso de peluche, que está allí cada vez que lo necesiten. ¡Actúan como si Dios sólo sirviera para hacerlos sentir bien consigo mismos! Miran en Dios a una especie de camarero celestial, cuya función es llenar toda necesidad de ellos, y subirles la autoestima. Esta es la actitud que más observo en la iglesia de hoy día.

Necesitamos una imagen clara de Dios —una manera de ver a Dios y de entenderlo, con el fin de que podamos saber cómo acercarnos a Él y cuál debe ser nuestra actitud para con Él.

Éxodo muestra al menos tres aspectos del único Dios. Él es Dios Todopoderoso; es Jehová o Señor, el gran YOSOY; y es el gran Libertador. Él tranquilizó a Moisés con la promesa de que intervendría y liberaría a Israel de la esclavitud egipcia.

Después de 350 años de esclavitud, ninguno de los israelitas podía recordar alguna otra forma de vida. Siempre habían trabajado por nada más que abrigo y un lugar en el cual vivir. Los abuelos de ellos no podían recordar cuando los israelitas eran libres. Egipto era la máxima potencia mundial. Tenía carruajes, espadas, arcos y flechas, y soldados especializados en matar. Este Faraón era despiadado. Desde los tiempos de José no había vuelto a haber un Faraón bondadoso. Israel gemía bajo el yugo de la esclavitud. No obstante, en alguna página de sus anales históricos, había constancia de que una promesa había sido hecha por el Dios de ellos, en el sentido de que haría de ellos una gran nación. Esto es lo que Dios le había dicho a Abraham, el padre espiritual y corporal de ellos. ¿Qué gran nación iba a estar tan horriblemente esclavizada? Muchos de sus niños varones habían sido arrojados al río Nilo. Faraón había dado orden de matarlos porque temía que Israel se hiciera demasiado grande (1.9–16).

Gracias al cuidado y dirección providencial de Dios, un niño varón hebreo fue rescatado del Nilo por la hija de Faraón. Moisés creció bajo la influencia del liderazgo y la educación egipcios, pero su madre sin duda le enseñó sobre el verdadero Dios de Israel. Al llegar a los cuarenta años, salió a ver por sí mismo algo de lo cual sólo había oído: la crueldad de la esclavitud impuesta a su pueblo, Israel. Se llegó a enojar tanto que mató a un capataz egipcio que torturaba a un israelita. Lo sepultó en la arena y huyó a Madián para salvar su vida. Allí se dedicó al pastoreo, se casó y se estableció. Años más tarde, Dios lo llamó desde una zarza ardiente y le dijo que le tenía la misión de liberar a Israel.

Para este tiempo, Israel había estado esclavizado por 430 años, y Moisés tenía ochenta años de edad. Moisés le hizo muchas preguntas a Dios: «¿Por qué yo? ¿Cómo librarás a Israel? ¿Por qué está tu pueblo siendo maltratado tan cruelmente?». Dios le respondió a Moisés:

Ahora verás lo que yo haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra... Yo soy JEHOVÁ. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, *mas en mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos* (6.1-3; énfasis nuestro).

¡Mire cuán poderoso es nuestro Dios! Todo lo que Dios le dice a Moisés de sí mismo, rezuma infinito poder. Dios dijo que Faraón los dejaría ir con «mano fuerte» (6.1)¹. Esto no significa que Dios tenga una mano débil y otra fuerte. Este es un ejemplo de antropomorfismo, una figura de lenguaje mediante la cual se le atribuyen características corporales a un ser espiritual. Dios usa cualidades corporales para describirse a sí mismo. ¡Las dos manos de Dios son fuertes! Podemos depender de su poder.

Dios estaba a punto de darse a conocer a su pueblo. El Dios Omnipotente (*El Shaddai*) le era conocido a los patriarcas, pero ahora se daría a conocer más plenamente a esta nación con la cual haría un pacto (6.7-8).

DIOS OMNIPOTENTE (EL SHADDAI)

Dios es el Todopoderoso. «Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy JEHOVÁ. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente [*El Shaddai*]...» (6.2-3). El sentido de *shaddai* es el de poder militar. Dios es el Señor de los ejércitos. *El Shaddai* conlleva la idea de un monte. *Dios es un monte.* «Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre. Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella, así Jehová está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre» (Salmos 125.1-2).

¿Ha visto usted las Montañas Rocallosas alguna vez en su vida? Cuando uno se acerca a ellas apenas se divisan sobre el horizonte. Luego se hacen más grandes a medida que uno se les acerca. Al final, las montañas son lo único que uno puede ver. *El Shaddai*, nuestro Dios, es un monte —un monte de fortaleza y poder. Cuando uno está cerca de Él no puede ver otra cosa más que a Él. Él es Todopoderoso. Yo viví al pie del Monte Gaither de las Ozarks. Las nubes pueden cubrirlo y la lluvia, apartarlo de la vista; pero siempre permanece fuerte. El sol puede iluminarlo y el otoño, colorearlo; pero es todavía el mismo. Nuestro Dios es como un monte. Nada puede cambiarlo. Él es nuestra fuerte y poderosa torre. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8).

¹ N. del T.: En la versión que el autor de este estudio utiliza, la New American Standard Bible, se lee: «por fuerza».

¡Cuán tranquilizante es saber que Dios jamás dejará de amarnos! No importa cuán lejos nos apartemos, no importa cuántos errores cometamos, Dios no cambia. Él no deja de amarnos. Podemos salirnos de su amoroso abrazo y ofenderlo, pero ¡no podemos agotar su cuidado de nosotros!

JEHOVÁ (SEÑOR)

Dios se llama Jehová (6.2-3). Esto fue lo que dijo: «Yo soy JEHOVÁ. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre JEHOVÁ [Yavé] no me di a conocer a ellos» (6.2-3). El nombre divino que Dios escogió para sí mismo, YHWH, se traduce por Jehová o Señor. La traducción que más se le acerca es Yavé. Este es el nombre personal que Dios usó para relacionarse con el pueblo de su pacto, aunque le era conocido a Adán (Génesis 4.26). El nombre significa «Aquel que es». Este gran «Aquel que es», Yavé, Dios Omnipotente, es el que podía liberar a Israel de las garras de una cruel nación.

Dios es. Nadie puede cambiar ese hecho. Él siempre ha sido y siempre será. No tuvo creador. Él es el gran YO SOY. Dios le dijo a Moisés: «Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros» (3.14). Él trasciende el tiempo y el espacio. Este hecho por sí solo lo hace digno de nuestro culto, adoración y alabanza.

EL LIBERTADOR

Dios es el Libertador. «... yo... os libraré», le dijo Dios a la esclavizada nación de Israel (6.6). El gran YO SOY estaba preparado para darse a conocer a Faraón a través de las diez plagas y la gran liberación de los israelitas de debajo del yugo de la esclavitud de Egipto.

Antes de que Moisés y Aarón se acercaran a Faraón por primera vez, Dios ensayó con ellos la manera como podían obrar un milagro con la vara. Le dijo a Moisés que la echara en tierra y se convertiría en una culebra. Es probable que la palabra hebrea se refiera a una gran serpiente.

He aquí lo que sucedió en la corte de Faraón:

Y echó Aarón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y se hizo culebra. Entonces llamó también Faraón sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras; mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos. Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como Jehová lo había dicho (7.10-13).

Los hechiceros de Faraón fueron capaces de producir culebras, pero la vara de Aarón devoró

las varas de ellos. ¡Dios es nuestro Libertador! ¡Él está al mando! No hay nada que se interponga en su camino. Sus propósitos se cumplirán, y sus planes se realizarán.

La primera vez que Moisés y Aarón le hablaron al pueblo acerca de la liberación de Dios, el pueblo se deprimió y se angustió tanto en su espíritu, que no escucharía (6.9); pero las cosas cambiarían. El brazo extendido, la mano poderosa de Dios pelearía por ellos. Moisés y Aarón se acercaron por segunda vez a Faraón, esta vez con señales y prodigios. Terribles plagas le sobrevinieron a Egipto a causa de la negativa de Faraón de dejar ir a Israel. Dios usó estas plagas para dar a conocer Su poder e identidad.

El agua convertida en sangre

Y Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón: Toma tu vara, y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus ríos, sobre sus arroyos y sobre sus estanques, y sobre todos sus depósitos de aguas, para que se conviertan en sangre, y haya sangre por toda la región de Egipto, así en los vasos de madera como en los de piedra... Asimismo los peces que había en el río murieron; y el río se corrompió, tanto que los egipcios no podían beber de él. Y hubo sangre por toda la tierra de Egipto. Y los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos; y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó; como Jehová lo había dicho (7.19–22).

Con la primera plaga, los arroyos, los ríos y los estanques se convirtieron en sangre. Esta no fue la ocurrencia anual del conocido fenómeno del Nilo Rojo. Desde junio hasta los meses de invierno, el Nilo tomaba un color rojizo, debido probablemente a partículas de creta en el agua. Esto era algo que le sucedía solamente al río en sí, pero en esta ocasión, fueron todas las fuentes de agua las que tomaron color rojo por haberse convertido en sangre. Durante una semana los egipcios que adoraban al Nilo se la pasaron sin agua. Sin duda que los débiles y los enfermos murieron por falta de agua en el desierto de Egipto. Al Nilo se le consideraba fuente de vida, pero Dios la convirtió en fuente de muerte para los incrédulos.

Los peces murieron, la primera fuente de carne de Egipto dejó de ser comestible. Los egipcios cavaron pozos en los alrededores del Nilo, buscando agua para beber, filtrando aparentemente las impurezas con la arena (7.24). No obstante, Moisés y Aarón hallaron que a Faraón no le conmovió aquello, pues de algún modo sus hechiceros pudieron obrar un truco parecido al prodigio de Dios. Así, otra plaga fue infligida a Egipto.

Ranas

Y Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón: Extiende tu mano con tu vara sobre los ríos, arroyos y estanques, para que haga subir ranas sobre la tierra de Egipto. Entonces Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron ranas que cubrieron la tierra de Egipto. Y los hechiceros hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron venir ranas sobre la tierra de Egipto (8.5–7).

Las ranas eran comunes a lo largo del Nilo, al igual que lo son de cualquier río, pero a la mayoría de las ranas se las comen sus depredadores. Con la segunda plaga, las ranas invadieron el país. Las ranas salieron del Nilo e invadieron las casas de la gente —hasta la casa de Faraón. Note el versículo ocho, donde Faraón dijo: «... [quita] las ranas de *mí* y de mi pueblo,...» (énfasis nuestro). En los tiempos de los egipcios, a las ranas se les consideraban deidades. Entre los egipcios, el dios y la diosa de la creación tenían cabezas de rana. Ahora el Señor mandaba a estos «dioses y diosas» que salieran del Nilo y se introdujeran en las casas de los egipcios. Cuando Faraón le dijo a Moisés: «... [quita] las ranas de *mí* y de mi pueblo, y dejaré a tu pueblo [salir]», esto fue una blasfemia para los egipcios. Una vez que las ranas murieron, no obstante, Faraón endureció su corazón y no dejó salir a Israel. Moisés vino otra vez con otro mensaje de parte de Dios, y esta vez los piojos vinieron.

Los piojos

Entonces Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón: Extiende tu vara y golpea el polvo de la tierra, para que se vuelva piojos por todo el país de Egipto. Y ellos lo hicieron así; y Aarón extendió su mano con su vara, y golpeó el polvo de la tierra, el cual se volvió piojos, así en los hombres como en las bestias; todo el polvo de la tierra se volvió piojos en todo el país de Egipto (8.16–17).

Cuando Dios envió la siguiente plaga a Egipto, los piojos llegaron a ser tantos como las partículas del polvo de aquella tierra. Estos molestos insectos cubrieron a los habitantes y al ganado, y los hechiceros de Faraón no pudieron imitar esta señal de Dios con sus artes de magia. «Dedo de Dios es éste», le advirtieron a Faraón; pero éste continuó endureciendo su corazón, atrayendo así, más plagas sobre su pueblo.

Moscas

Jehová dijo a Moisés: Levántate de mañana y ponte delante de Faraón... y dile: Jehová ha

dicho así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. Porque si no dejas ir a mi pueblo, he aquí yo enviaré sobre ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo y sobre tus casas toda clase de moscas; y las casas de los egipcios se llenarán de toda clase de moscas, y asimismo la tierra donde ellos estén. Y aquel día yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo, para que ninguna clase de moscas haya en ella, a fin de que sepas que yo soy Jehová en medio de la tierra. Y yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal. Y Jehová lo hizo así, y vino toda clase de moscas molestísimas sobre la casa de Faraón, sobre las casas de sus siervos y sobre todo el país de Egipto; y la tierra fue corrompida a causa de ellas (8.20-24).

La palabra hebrea que se traduce por «moscas» en el anterior pasaje en la Reina Valera, se traduce por «tábanos» o «moscas de establo» en la Septuaginta. Estos insectos eran grandes moscas que picaban y dejaban verdugones ensangrentados en el ganado. Cualquiera que haya criado ganado, sabe que estas moscas constituyen más que una molestia. Son insectos que causan enfermedades, e incluso la ceguera, si llegan a posarse sobre los ojos o los párpados. ¡El Dios de Israel podía hacerse obedecer por estos insectos! El pueblo suyo que estaba en Gosén no padecería por la presencia de tales moscas.

Faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo: «Andad, ofreced sacrificio a vuestro Dios en la tierra» (8.25). La presencia de las moscas lo obligaron a negociar.

Faraón tuvo la astucia de sugerir que Israel adorara en la tierra, pero esto no convenció a Moisés. Éste había sido bien educado en las costumbres de los egipcios, pues recibió instrucción en la casa de Faraón siendo joven. Él sabía que si los israelitas hacían sus ofrendas en Egipto, ellos tendrían problemas. Moisés dijo: «No conviene que hagamos así, porque ofreceríamos a Jehová nuestro Dios la abominación de los egipcios. He aquí, si sacrificáramos la abominación de los egipcios delante de ellos, ¿no nos apedrearían?» (8.26).²

Si los israelitas sacrificaban bueyes, serían apedreados. Los dioses de Egipto eran hechos en forma de bueyes y de ganado. Los egipcios adoraban becerros de oro. Si los israelitas sacrificaban toros y bueyes, estarían sacrificando los «dioses» de Egipto. Cuando Moisés le pidió a Faraón ir al desierto, éste endureció su corazón y no los dejó ir.

² N. del T.: En la versión que el autor de este estudio utiliza, la New American Standard Bible, se lee: «lo que es abominación» y no: «la abominación».

Dios, entonces, mostró su poder matándoles lo que llamaban sus dioses.

Ganado enfermo

Entonces Jehová dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón, y dile: Jehová, el Dios de los hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. Porque si no lo quieres dejar ir, y lo detienes aún, he aquí la mano de Jehová estará sobre tus ganados que están en el campo, caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas, con plaga gravísima. Y Jehová hará separación entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que nada muera de todo lo de los hijos de Israel... y murió todo el ganado de Egipto; mas del ganado de los hijos de Israel no murió uno (9.1-6).

Dios probó que Él era más grande que los dioses de los egipcios cuando el ganado murió a causa de la siguiente plaga. Dios es más grande que nuestros dioses también. Nosotros no nos inclinamos ante becerros de oro, pero a veces nos inclinamos ante otras cosas, tales como posesiones materiales, dinero, poder, prestigio e incluso, ante nosotros mismos. Puede que nos inclinemos ante la voluntad de otros, aun cuando la voluntad de Dios esté en contradicción con la voluntad de un amigo. Si el dinero y las posesiones son su dios, tome en cuenta el poder de Dios.

El llamado «lunes negro» de la Bolsa de Valores de Nueva York, ocurrido el 19 de octubre de 1987, cuando el mercado bursátil decayó 508 puntos, Sam Walton perdió mil quinientos millones de dólares. Todavía le quedó mucho, pero este incidente fue un duro recordatorio de que el dinero es efímero. Se nos advierte del peligro de poner nuestra fe en las riquezas: «A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1^{era} Timoteo 6.17; énfasis nuestro). Los cultivos que hoy tienen valor, pueden perder todo su valor mañana. Lo mismo sucede con las acciones del mercado bursátil. La inflación puede devaluar nuestro dinero. Dios puede quitarnos nuestras posesiones.

En mi familia apreciamos nuestro automóvil. Es un bonito automóvil y muy útil para nosotros. Lo llevamos, cuando estaba nuevo, a Tulsa, Oklahoma, al Soul-Winning Workshop,³ y estábamos orgullosos de él. Nos hacíamos bromas entre nosotros

³ N. del T.: Seminario anual de los cristianos del sur de los Estados Unidos, en el cual ellos se estimulan y aprenden sobre la importante labor de ganar almas.

por el automóvil. Cuando lo estacionábamos, decíamos: «Sólo busque el más bonito de todos los automóviles del estacionamiento y dirjase a él. Es nuestro».

Durante una de las sesiones vespertinas, una alerta de tornado fue dada. La lluvia llegó a ser tan fuerte que era inútil tratar de oír al orador. Por unos minutos sonó como granizo golpeando el techo de metal. Me volví para ver a mi esposa, y a los dos se nos vino a la mente: «¡El granizo dañará nuestro nuevo automóvil!». Por fortuna, salimos bien librados del granizo, pero ello nos recordó que nuestras más preciadas posesiones, son nuestras tan sólo porque Dios nos permite tenerlas. Nos pueden ser quitadas en cualquier momento. Cuando usted se disponga a darle culto a su dinero, a su negocio o a sus posesiones, recuerde que ¡todo esto puede serle arrebatado en un momento! Jehová es más grande que nuestros dioses, así como Él fue más grande que los dioses de los egipcios.

Úlceras

Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Tomad puñados de ceniza de un horno, y la esparcirá Moisés hacia el cielo delante de Faraón; y vendrá a ser polvo sobre toda la tierra de Egipto, y producirá sarpullido con úlceras en los hombres y en las bestias, por todo el país de Egipto. Y tomaron ceniza del horno, y se pusieron delante de Faraón, y la esparció Moisés hacia el cielo; y hubo sarpullido que produjo úlceras tanto en los hombres como en las bestias. Y los hechiceros no podían estar delante de Moisés a causa del sarpullido, porque hubo sarpullido en los hechiceros y en todos los egipcios (9.8–11).

Hasta los hechiceros fueron afectados cuando la plaga de úlceras vino. Los sabios de la religión pagana de Faraón padecieron de úlceras. Dios estaba mostrando poco a poco su potestad sobre cualquier persona y dios. El corazón de Faraón volvió a endurecerse y no dejó salir al pueblo.

Granizo

He aquí que mañana a estas horas yo haré llover granizo muy pesado, cual nunca hubo en Egipto, desde el día que se fundó hasta ahora. Envía, pues, a recoger tu ganado, y todo lo que tienes en el campo; porque todo hombre o animal que se halle en el campo, y no sea recogido a casa, el granizo caerá sobre él, y morirá (9.18–19).

Hace varios años, la peor lluvia de granizo, de la que alguna vez en la vida hubiera tenido noticia, cayó sobre la localidad de Harrison, Arkansas. Las

ventanas se rompieron; los techos fueron arrancados de las edificaciones. Cuando la lluvia de granizo pasó, parecía como si el pueblo hubiera sido bombardeado. Los árboles frutales habían perdido sus flores. Los jardines no eran más que barreales llenos de cráteres. Cuando las piedras de granizo fueron apartadas con maquinaria del camino, ¡éstas se apilaron en montones de hasta cinco metros de alto! Yo siempre había oído de granizo del tamaño de una pelota de «softball»,⁴ pero jamás lo creí hasta ese día que lo comprobé con mis propios ojos. A cualquiera que le hubiese caído aquel granizo, habría sido lastimado severamente.

Los que estaban en Egipto y creyeron que la plaga del granizo iba a suceder, se prepararon para ella: «De los siervos de Faraón, el que tuvo temor de la palabra de Jehová hizo huir sus criados y su ganado a casa; mas el que no puso en su corazón la palabra de Jehová, dejó sus criados y sus ganados en el campo» (9.20–21). ¡Hasta en la casa de Faraón había creyentes en Dios!

El corazón de Faraón fue endurecido, pero algunos de sus súbditos —algunos de sus propios siervos— ahora creían en este Dios de Israel. Aun así, Faraón no dejaría ir a Israel.

Langostas

Entonces Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para traer la langosta, a fin de que suba sobre el país de Egipto, y consuma todo lo que el granizo dejó (10.12).

Después del granizo vino la langosta. Todo lo que el granizo dejó sin destruir, la langosta se lo comió. El versículo quince dice: «... y cubrió la faz de todo el país, y oscureció la tierra, y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo; no quedó cosa verde en árboles ni en hierba del campo, en toda la tierra de Egipto». Nuevamente Faraón rogó que la plaga fuera quitada. No obstante, cuando el viento la lanzó al Mar Rojo, no dejó a los israelitas salir.

Tinieblas

Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe (10.21).

Hubo tinieblas durante tres días en Egipto. Sin embargo, en Gosén, los israelitas «tenían luz en sus

⁴ N. del T.: Especie de béisbol sobre un terreno más pequeño que el normal, con pelota grande y blanda.

habitaciones». Nuevamente Faraón halló que los dioses de Egipto fueron vencidos, pues los egipcios le rendían culto al dios sol. Esta vez, después de haberse arrepentido Faraón, después de que la plaga fuera quitada y de que endureciera su corazón, dijo a Moisés: «Retírate de mí; guárdate que no veas más mi rostro» (10.28). Moisés respondió: «Bien has dicho; no veré más tu rostro» (10.29).

Muerte

Y Jehová dijo a Moisés: Una plaga traeré aún sobre Faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echará de aquí del todo. Habla ahora al pueblo, y que cada uno pida a su vecino, y cada uno a su vecina, alhajas de plata y de oro. Y Jehová dio gracia al pueblo en los ojos de los egipcios. También Moisés era tenido por gran varón en la tierra de Egipto, a los ojos de los siervos de Faraón, y a los ojos del pueblo. Dijo, pues, Moisés: Jehová ha dicho así: A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto, y moriré todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias (11.1-5).

Dios ya estaba preparado para la última plaga: la muerte de los primogénitos. Antes de que el arrasador ángel de la muerte viniera, a los israelitas se les dijo que pidieran a los egipcios artículos de plata y de oro. Dios dio gracia a los israelitas en los ojos de los egipcios (11.3). Moisés era reverenciado en gran manera, ¡incluso en medio de los siervos de Faraón y en los ojos del pueblo! (11.3). ¡Dios tomó una nación de gentiles, paganos, que nunca antes oyó de Él, y los hizo creyentes! ¡Los azotó y los castigó por su crueldad para con Su pueblo, no obstante los hizo creyentes! ¡En medio de este terrible portento, un bien fundamental se había logrado! ¡La gente estaba creyendo!

Recuerde, ¡éste es el mismo Dios de venganza y de justicia que juzgará a todo el mundo en el gran día postrero! Él no titubea en imponerle castigo a los que lo merecen. Los que han rechazado a Su Hijo, Sus caminos y Su Espíritu, serán castigados. Israel esperó 430 años que se hiciera justicia. Dios ha prometido que un día se hará justicia.

CONCLUSIÓN

Con la misma certeza que la nación de Israel fue esclava de Faraón en Egipto, así también nosotros somos esclavos del pecado, mientras no seamos libertados por Cristo, nuestro Libertador.

Si usted está fuera de Jesucristo, si usted no es cristiano, entonces, *usted es esclavo del pecado*. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8.34-36).

Los esclavos no tienen derechos. Un esclavo del pecado no tiene derecho de acercarse a Dios el Padre. Un esclavo del pecado no tiene derecho a la justicia, pues está encadenado a la culpa del pecado. Un esclavo es propiedad de su señor, y ese señor es el pecado. Pablo dijo: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?» (Romanos 6.16).

Un esclavo no es libre. Estamos encadenados a hábitos pecaminosos, a un estilo de vida pecaminoso. Esto es lo que Pedro dice de los que viven según la carne:

Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció (2ª Pedro 2.18-19).

Al que es esclavo se le ha puesto precio, pero Cristo estuvo presente junto a la tribuna de la subasta tomando el lugar de todos los pecadores. Esto fue lo que Pablo expresó en 1ª Corintios 6.20: «Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu». Cristo estuvo allí y se entregó Él mismo a cambio de nuestra libertad.

Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia... Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6.20, 22-23).

Acepte el precio que Jesús paga por su libertad, arrepintiéndose de sus pecados y siendo sepultado en su muerte para el perdón de sus pecados. La tribuna de la subasta, como verá usted, fue una cruz de madera que erigieron en las afueras de Jerusalén. ■